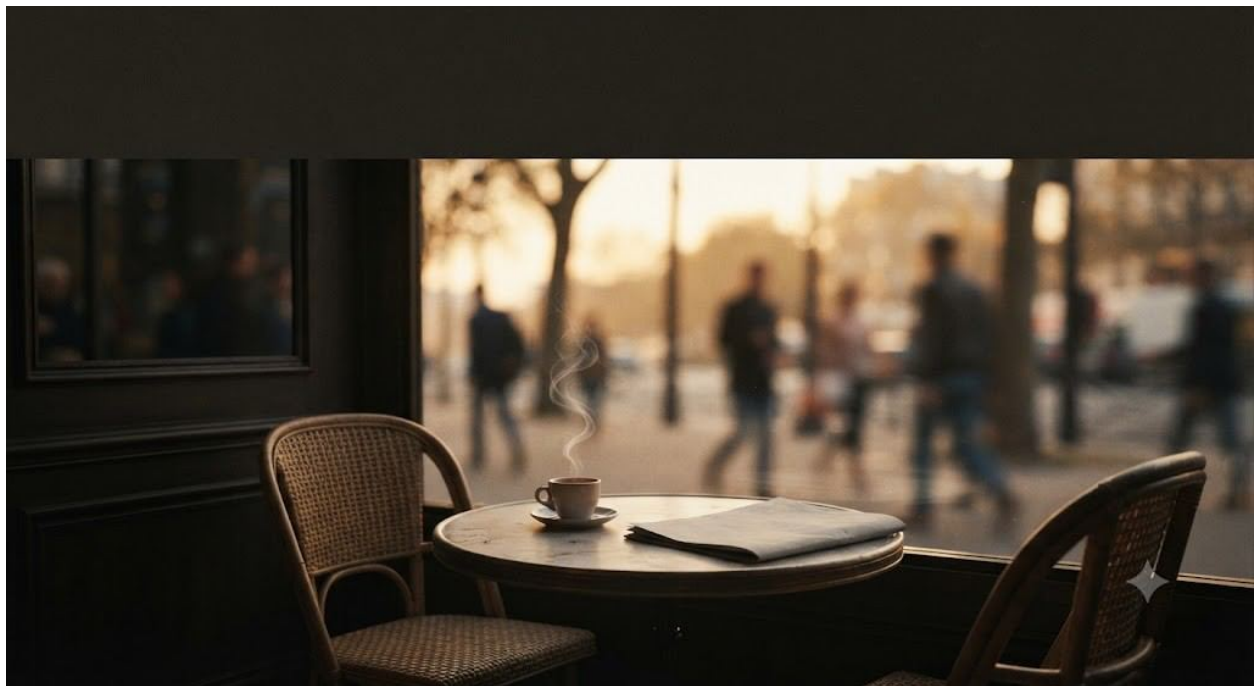




OPA BIC - Desde el +33

OPA BIC

Desde el +33 — Nando el Escriba

Aquella tarde de verano había decidido dirigirme a la montaña.

De vuelta en la ciudad, la temperatura había alcanzado los 42 grados Celsius. La Calabria saudí nos recordaba lo que se siente con el calor del desierto. Aún no nos habían admitido en la OPEP, Italia seguía negándose a dejarnos marchar y Bruselas presentaba cada día una factura distinta, cada una de las cuales exigía un nuevo sacrificio.

Incapaz de dejar de reflexionar sobre cómo pasaba mis días, sonreí ante los recientes acontecimientos que habían tenido lugar y pensé en lo frágil que puede ser la humanidad dentro de las historias, dentro de los pensamientos, y mientras releía los mensajes guardados en mi teléfono.

Solo habían pasado unos pocos días desde que todo el consejo de BIC France dejara mi ciudad. Chanel se marchó poco después y, menos de veinticuatro horas más tarde, me envió un mensaje por Telegram.

Decía:

«La mujer del hotel me dio tu número de teléfono. Las mujeres siempre intercambian entre ellas estas pequeñas cortesías. Fui verdaderamente feliz de conocerte, y agradecí que no hicieras lo que la mayoría de los hombres suele hacer. Prestaste atención a mi mente y no solo a mi cuerpo. Pero hablando con sinceridad como mujer, creo que esto no es el final. No es una promesa; es mucho más que eso. Y las mujeres nunca renuncian a las cosas imposibles.

Hablamos pronto.

Besos,

Chanel.»

Estaba a punto de guardar el teléfono y desaparecer en la naturaleza cuando llegó otra llamada.

El prefijo era el mismo de siempre.

+33. Francia.

Chanel quería hablar conmigo.

No respondí de inmediato.

De hecho, solo contesté a su cuarto intento, llegando cada llamada casi exactamente cinco minutos después de la anterior.

Quería entender lo urgente e importante que era realmente el asunto, y esta era la única estrategia que me permitía calibrarlo debidamente.

Era uno de los secretos que Madre Gillette me había enseñado.

Nunca ofrezcas tu plena disponibilidad.

No te hagas demasiado fácil de localizar.

Conviértete en algo valioso, casi en un objeto precioso.

Solo entonces aumentará tu valor, y solo entonces la gente te considerará como es debido.

Al final, llegó el momento de responder.

Sonaba irritada y de inmediato preguntó adónde había desaparecido.

Era importante.

Era urgente.

Necesitábamos otra reunión.

Pero esta vez, dijo, sería al más alto nivel.

«¿Quién es?», pregunté. «¿El Papa del Vaticano?»

«No», respondió con una risa. «Siempre eres el mismo.»

El comentario casi sugería que ya había llegado a conocerme.

Luego continuó.

«La familia que posee la mayor participación accionarial en BIC quiere conocerte. Y curiosamente, hasta para mí, son todas mujeres. Ningún hombre.»

«¿Vendrás a París?»

«Necesito ver cuánto cuesta el camello disponible», respondí. «Además, ya sabes que vivo con muy poco.»

«Sabía que vendrías por una sola razón», contestó.

«Leyendo tus libros, comprendí que nunca le dices que no a una mujer. Es cuestión de elegancia, de estilo y de clase. Cualquiera que lea tu obra puede descubrirlo.»

«Por favor, no me hagas ruborizar», dije. «Sobre todo porque por teléfono jamás lo notarías. ¿Y cuándo, exactamente, querías que fuera?»

«Cuando quieras. No hace falta cita previa. Te recibirán dentro de un café de los Campos Elíseos. Puedes pedir lo que desees para beber.»

«Haré los preparativos y te aviso pronto.»

«Adiós.»

«Adiós.»

Terminada la llamada, pasé mucho tiempo pensando.

Y sin embargo, ningún pensamiento podría jamás alcanzar la realidad contenida en la improvisación de las mujeres extraordinarias.

Ferdinando